



Capítulo 33

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

NOVELA, POLÍTICA Y RELACIONES DE GÉNERO EN LA LIMA DE LA POSGUERRA. NOTAS ALREDEDOR DE LA NOVELA *LA CIUDAD DE LOS REYES* DE PEDRO DÁVALOS Y LISSÓN (1904)¹

Deolinda Villa Esteves

La novela fue la forma literaria característica del siglo XIX. Fue la expresión escrita de la emergencia de una percepción cada vez más personal acerca de la realidad en su doble naturaleza: externa, la de la realidad social; e interna, la del *yo*. A través de la novela los autores crearon mundos ficcionalizados, que pueden leerse hacia adentro, con sus propios códigos y referentes, pero constituyen, también, discursos acerca de la realidad que los autores buscaron recrear, interpretar y aun recusar.

De ese modo, a través de la novela, producción individual y hecho social, se nos revela una época, pero, sobre todo sus percepciones, representaciones e imaginarios, entre los que los hombres y las mujeres elaboran para expresar la naturaleza de sus propios sentimientos y sus pulsiones y es pues una fuente preciosa para aproximarnos a los problemas de género (Gay, 1986).

Nuestro propósito es analizar una novela peruana muy poco conocida: *La Ciudad de los Reyes* de Pedro Dávalos y Lissón, publicada por primera vez en 1904 (Dávalos y Lissón, 1906)² y a través de esta fuente tratar de responder a una serie de interrogantes: ¿Qué imágenes acerca de las identidades de género en el Perú finisecular deja traslucir esta obra literaria? ¿Cómo se percibe la forma en que se construyen las identidades de varones y mujeres en este tiempo? ¿Cómo se estructuran las relaciones entre ellos? ¿Qué espacio ocupan la familia y el matrimonio en estas relaciones? Y, finalmente, ¿Qué caracteriza esta percepción masculina acerca del género?

Este trabajo no pretende ser más que un abordaje inicial de un tema que amerita un desarrollo más profundo.

¹ El presente artículo fue elaborado como monografía para el curso de Género de la Maestría de Historia en la unidad del Postgrado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

² La primera edición corresponde al año 1904. Existe una tercera edición publicada por el CONCYTEC en 1989

I. Notas sobre el autor

El autor, Pedro Dávalos y Lissón, nació en 1863 en Chorrillos, famoso balneario al sur de Lima, y murió en la misma ciudad en 1942 a los 79 años de edad. Miembro de una familia notable de la sociedad limeña, su vida dio un importante vuelco al producirse la Guerra con Chile en la cual participó. La terrible crisis económica que siguió a la guerra determinó el abandono definitivo de sus estudios universitarios, iniciados en San Marcos, y su salida de Lima para dedicarse por muchos años a la actividad minera en distintos asentamientos de la serranía peruana. Los negocios mineros y su posterior incursión en las finanzas lo ubican entre los pioneros de los grandes negocios que coadyuvaron a la reconstrucción económica del Perú de la posguerra, los cuales le permitieron amasar una importante fortuna³ y le obligaron a viajar intensamente dentro y fuera del país. Estas experiencias le proporcionaron un conocimiento bastante amplio de la problemática, particularmente económica, de las provincias interiores, tanto como una visión cosmopolita y modernizante del destino del Perú.

A su afición por los negocios, Dávalos aunó un interés muy intenso por el periodismo, la literatura y la historia. Su extensa obra escrita está compuesta por estudios técnicos sobre minería, diagnósticos económicos de distintas zonas del Perú, varios volúmenes de obras de historia, a través de las cuales buscó desentrañar las causas de la debacle de la guerra y las permanentes crisis políticas que asolaban al país y, finalmente, fue autor de varias novelas, en las cuales volcó su experiencia vital y a las que convirtió en instrumento para recrear la sociedad y emitir un juicio crítico sobre ella⁴.

³ Entre 1941 y 1942 Dávalos y Lissón publicó su autobiografía, denominada ¿Por qué hice fortuna? en la que promueve los valores del hombre que se hace a sí mismo, la del hombre de empresa.

⁴ La biografía de Dávalos y Lissón es realmente notable. Estudió sus primeros años en la escuela de Agustín de la Rosa Toro y su secundaria en el colegio Guadalupe. Cursó dos años de Letras en la Universidad de San Marcos (1881-1882). Durante la Guerra con Chile formó parte del 14 Batallón de reserva que luchó en las batallas de San Juan y Miraflores. En 1882, dejó los estudios para trabajar en la Compañía de minas y fundición de Patará, en la serranía del departamento de Ancash (1882-1885) y luego pasó a Huarochirí, donde trabajó en las minas Rayo y Felicidad. Su gran experiencia en la minería lo llevó disuadir a importantes empresarios limeños, los señores Garland, Bentín, Pruss y Backus y Johnston a emprender la explotación de minerales de Casapalca en 1888, cuyo socavón fue planificado y construido por Dávalos. Fue, asimismo, el primero en aplicar el primer enganche de obreros en Jauja para iniciar los trabajos del complejo metalúrgico. Pasó luego a Bolivia, Chile, Uruguay y Brasil para trabajar al servicio de compañías mineras y en 1891, ingresó como agente general de la compañía de Seguros New York Life para el Perú, Ecuador, Venezuela y Colombia. Fue gerente de ella en México y Centro América hasta 1899. A fines de 1900 volvió a la minería en Cerro de Pasco a través de una sociedad con Domingo Olavegoya, Isaac Alzaurre, Federico Gildemeister y Elías Malpartida.

Entre 1901 y 1907 residió en La Habana como cónsul del Perú y fue corresponsal de El Comercio en Nueva York donde escribió artículos sobre temas políticos y económicos bajo el seudónimo de «Doñapeta». En 1897 fue nombrado miembro de la Sociedad Geográfica de Lima. De nuevo en

1. *Notas sobre la obra: la novela positivista*

Pocos críticos literarios se han interesado en Dávalos como novelista. El silencio frente a su obra nos induce a pensar que esta dista de ser considerada por la Cátedra como paradigma de buena literatura, por ello, nada o muy poco de él podemos extraer de los manuales de literatura en uso. Su ubicación dentro de las corrientes literarias tampoco ha sido materia desarrollada con amplitud. Castro Soto (Castro Arenas, 1965, p. 178), uno de los pocos que emite un juicio crítico sobre el autor, lo incluye, por el tiempo en que escribe su obra, dentro de la novela histórica modernista, aun cuando, como él mismo señala, pocos rastros tiene de modernista. Exotismos, preciosismos o hispanismos están totalmente ausentes de su obra.

Es dentro de la novela realista o positivista que la obra de Dávalos y en particular *La Ciudad de los Reyes* parece encajar mejor, junto con obras como las de Clorinda Matto de Turner o Mercedes Cabello de Carbonera aunque es bastante más tardía y no logrará el éxito y reconocimiento que la obra de estas mujeres alcanzó, hecho este que no deja de llamar la atención, pero sobre lo cual no avanzaremos en este trabajo. El realismo, surgido en el Perú tras la Guerra con Chile como reacción contra el romanticismo idealista y retórico, buscó la representación real de la vida cotidiana, en particular de las clases medias, con pretensiones de objetividad e imparcialidad y un menor énfasis en los aspectos formales. De acuerdo con Tamayo Vargas, el «seco estilo notarial» (Tamayo Vargas, 1992, p. 553) de Dávalos se prestaba perfectamente para este tipo de literatura. De este modo, como Javier Prado desde la sociología, Dávalos y Lissón intenta auscultar a través de la literatura la realidad social con cierta frialdad y objetividad. Ello convierte a sus novelas en sociología novelada y en una fuente realmente útil para el análisis histórico y en particular para el análisis de género.

2. *Lima en la posguerra*

La Ciudad de los Reyes está situada en la Lima de la postguerra, etapa identificada por el historiador Jorge Basadre como de la «Reconstrucción Nacional», y dentro de la tensa coyuntura política que precedió a la guerra civil de 1895 que despojó

Lima, en 1919 fue nombrado delegado del Perú a la Conferencia Panamericana en Washington. Dejó una amplia obra en la que se mezclan sus intereses técnicos: tratamiento de minerales cobrizos por el método de fusión; estudios de las hulleras de Yanahuanca, y Chacayán. La minería en el Perú en el siglo XIX; diagnósticos económicos y urbanísticos (Loreto en 1893). Lo que es hoy Lima y lo que será mañana. El centro del Perú en 1897, Cerro de Pasco en 1899; novelas históricas (*La Ciudad de los Reyes* (1904), Leguía (1913, 1928) y Manuel Pardo y Lavalle por último textos históricos: La primera centuria en 4 volúmenes (1919-1926), Diez años de historia contemporánea del Perú y una Historia republicana del Perú en 10 tomos (Milla Batres. Diccionario histórico biográfico del Perú. Siglos XV-XX, tomo III, pp. 162-163).

del poder a Andrés A. Cáceres y marcó el tránsito entre el segundo militarismo y el retorno de los civiles al poder.

Si bien Dávalos sitúa históricamente su novela, no pretende reproducir los acontecimientos históricos en su concatenación real, por el contrario, falsea literariamente los hechos haciendo confluír en el corto espacio temporal en el que se desarrolla la novela —los muy pocos meses de estadía en Lima del personaje principal, el joven empresario Alfredo de Urzúa— diversos eventos que correspondieron en realidad a más de diez años de historia nacional, aquellos que atañen a los gobiernos de Miguel Iglesias, Cáceres y Piérola. De ese modo, en el corto lapso de unos meses somos testigos de la «huaripampeada» —suceso bélico ocurrido en 1885 y que determinó la caída del gobierno de Iglesias y el ingreso de Cáceres al poder—, la sangrienta guerra civil de 1895, que produjo la salida del mismo Cáceres y, por otro lado, del levantamiento federalista de Loreto, acontecimiento posterior en algunos años a este conflicto y que corresponde ya al período gubernativo de Nicolás de Piérola.

Este nuevo «tiempo histórico» que la novela recrea a través de la superposición de eventos conflictivos marca un contexto de crisis que es para el novelista e historiador Dávalos y Lissón el referente necesario para plantear una propuesta política y por qué no un proyecto nacional. Es, asimismo, un pretexto para recrear los contextos sociales y humanos de una Lima en proceso de cambio.

A través de su obra, Dávalos y Lissón nos muestra las diversas «constelaciones»⁵ que constituían el mundo social urbano limeño de fines del siglo XIX. Allí están las elites, la «gente decente» en sus sutiles gradaciones; las antiguas familias empobrecidas y en camino a la miseria, la emergente burguesía de los negocios, los militares y la grande y pequeña burocracia, el inmigrante italiano, y las clases populares urbanas en las que la figura del indio no es muy visible salvo como transplantado reciente del interior para completar las huestes de alguna orden religiosa venida a menos; están también los estudiantes y los primeros radicales.

⁵ El concepto de constelación lo tomo de Subercaseaux, que utiliza el término en un intento por trascender, sin prescindir totalmente de ellas, las sobresimplificadoras definiciones «clasistas» propias de una forma de hacer historia hasta hace poco hegemónica, categorías que dicen poco (quizás apenas bosquejan y quizás menos que eso) el muy complejo espacio de lo social. En su lugar, Subercaseaux prefiere ir descubriendo a través de verdaderas «pinceladas de color» o «fogonazos de luz» la identidad de los diversos grupos o quizás submundos sociales o subculturas que, en conjunto, dan forma a sus «constelaciones». De este modo, el concepto socio cultural de «constelación» acuñado por Subercaseaux no cumple una función decorativa, cumple dos propósitos específicos: el primero, el de descripción metodológica, tanto en el plano de la investigación como en el de la exposición, de allí su equivalencia con el término astronómico: las constelaciones no son otra cosa que el conjunto formado por elementos independientes entre sí y dotados de su propio carácter (dotados de luz propia) y que, agrupados, dan forma a una figura total, en este caso, el universo social finisecular (Subercaseaux, 1988).

En fin nos revela una ciudad y sus espacios habitacionales, sus redes sociales, los ámbitos y las formas en que varones y mujeres se encuentran o no, todos ellos viviendo o sobreviviendo en el marco de una sociedad ensombrecida por las miserias de la guerra y el conflicto político, pero también en tiempo de cambios y de intensa movilidad social.

La figura central del relato, a través de cuyos ojos observamos a la sociedad limeña finisecular es Alfonso María Urzúa, joven hombre de empresa de origen limeño, capital emparentado con importantes familias de la ciudad, pero afincado desde su niñez en la ciudad de Iquitos, capital del departamento de Loreto, que por entonces vivía una etapa brillante, de gran prosperidad económica, debido a la explotación del caucho. La novela se inicia con su retorno a Lima, en compañía de dos empresarios loretanos, Juan Pazmiño y Manuel Palomares, como delegados del Movimiento Federalista de Loreto para discutir con el gobierno, la situación del departamento y su transformación en un Estado federado del Perú. Esta circunstancia permitirá a Urzúa renovar por un corto tiempo los lazos con su familia limeña y el mundo social y político de Lima.

Urzúa («dotado de un alma superior y desprovista de vulgaridades»), se ofrece como el testigo privilegiado «desde fuera», objetivo, veraz, creíble de la realidad social que describe en sus andanzas por las calles y los hogares de Lima. El desarraigo, situación ratificada con su partida al final de la novela, lo convierte en un «outsider». Esta búsqueda de distancia, le da a Urzúa-Dávalos la posibilidad de ofrecer un diagnóstico de la realidad social y política del Perú de fines del siglo XIX y enjuiciar esa realidad desde una posición por igual ajena al mundo de los códigos y convenciones de los grupos sociales que ausculta, como de las intrigas del mundo político limeño. En realidad, lo sabemos, estamos ante una doble mirada, desde fuera y desde dentro, desde la posición de un sujeto que, enraizado en la sociedad —lo que le permite ingresar en sus hogares y sus conciencias— y cercano al poder, en calidad de delegado político de Iquitos, enjuicia a la sociedad, la política nacional y propone alternativas.

En última instancia, esta obra pretende ser un diagnóstico de la realidad social y política del Perú de fines del siglo XIX y una propuesta de una nueva clase que emerge tras la derrota de la Guerra con Chile. Es la expresión de una burguesía modernizante, positivista, que, aunque enraizada por sus ancestros dentro de la elite social, se siente libre para enjuiciar la realidad, desde la distancia de su aparente ruptura con Lima y su avance sobre nuevas fronteras, hacia fuera (el mundo industrial capitalista) y hacia adentro (el mundo de la provincia, el yacimiento minero, el caucho, nuevas fuentes de riqueza y de expansión económica).

Tales hombres nuevos, limeños o provincianos ricos enjuician por igual al centralismo limeño, al militarismo generador de inestabilidad y violencia y a la clase

política tradicional (tanto civilistas como pierolistas), asociados con las formas tradicionales de hacer política en el Perú (la «politiquería», la corrupción). Frente a los vicios del presente ofrecen el concurso de hombres de acción positiva, productores autónomos y capitanes de empresa, dotados de nuevos valores y capaces de generar la estabilidad y el desarrollo político y económico tan necesitados por el país. Resume la propuesta de Dávalos y Lissón el personaje de Alfredo Moreno, un minero en el asentamiento de Matucana:

Es en lo único en que progresamos (la minería) —le dijo—. La gente de buen sentido ha comprendido que en el Perú no habrá política, ni honradez administrativa, hasta que el poder no esté en manos de hombres independientes, de fortuna y de trabajo. Quien ha sabido administrar su hacienda propia, puede administrar la pública y tendrá cuidado de hacer política sana, a fin de no promover una revolución que le arrebatase en pocos meses el trabajo de dos o tres años. Hasta ahora nos ha faltado bienestar e independencia; y como hemos comprendido que estos factores de la felicidad humana, no pueden adquirirse sino con el dinero que se ha ganado honradamente, nos hemos dedicado a buscarlo en la tierra (Dávalos y Lissón, 1906, pp. 9-10).

Estos hombres recusan con igual fuerza el naciente radicalismo, representado por los estudiantes que aparecen al final de la obra, asociados, sin duda por el autor con la prédica de González Prada, iconoclastas, fruto del resentimiento social y expresión de ese idealismo diletante que se opone al realismo de la novela y de esa clase emergente. Las características de este grupo se personifican en la figura de Samperio, su líder, contra quien el autor lanza una verdadera diatriba:

Había escogido para su lectura a los autores más escépticos, y como resultado de ello vivía en la duda. Su tema favorito era la negación en el terreno moral y la picota en el material, para destruirlo todo, porque para él todo estaba mal hecho. A pesar de su exagerado radicalismo, en la práctica no era un hombre peligroso, faltándole cualidades para ir más allá de la teoría. Perezoso, indolente, sin fe, sin carácter, incapaz de luchar contra la adversidad [...] no pudo hacer nunca el papel de caudillo, no teniendo lo principal para un leader: dominio sobre sí mismo y sobre los demás (p. 262).

Sin duda, la obra resume mucho del autor y su experiencia vital, pero ¿qué nos dice del género?

II. Los espacios del género

En forma previsible, dos son los espacios en que se mueve con comodidad Dávalos y Lissón a lo largo del relato, el espacio doméstico, la casa, el hogar, espacio en que se afirman y se cuestionan las bases de las identidades genéricas, y el espacio público político (el espacio del ciudadano), no así en los espacios de lo «natural»,

de la intimidad, del impulso, constreñidos por el pudor, la culpa y el tabú⁶. Ambos espacios están cubiertos, también de forma desigual, aunque no son impermeables el uno al otro. Mientras que el espacio de la calle, de lo público está dominado por la figura masculina, el espacio privado lo está por las poderosas figuras femeninas que pueblan la novela de Dávalos.

La visión de Dávalos sobre los entornos domésticos limeños que ausculto, está lejos de ser una visión complaciente, idealizadora o excesivamente amable, por el contrario, estos espacios domésticos reales están poblados de soterrados conflictos e insatisfacciones, de pequeños conformismos y felicidades mediocres. Los espacios domésticos son espacios «contenidos» por una espesa red de convenciones definidas por consideraciones de status y de género que ponen estrechos límites a la libertad individual y colocan a cada cual en su lugar y que dificultan la construcción de identidades de género sanas, en particular entre los miembros de la elite y las clases medias en todas sus gradaciones que son las que Dávalos ausculto con mayor intensidad, límites de los cuales hay, también, tímidos intentos por salir.

1. La sociedad de las mujeres fuertes y los hombres opacos

Una primera percepción general con respecto a la novela es la ausencia de una figura masculina paradigmática, de contornos bien definidos que sirva de referente o modelo general de la masculinidad. Esto ocurre tanto en el ámbito de la familia como en el espacio público político, que son aquellos espacios por donde se movilizan las masculinidades limeñas del autor. Esta masculinidad parece estar en proceso de construcción o reconstrucción. La figura de Urzúa es un intento en ese sentido, aunque parcialmente fallido.

Una primera aproximación a este problema es a través de los ámbitos domésticos que nos presenta la novela, dominados por la «ausencia» de la figura paterna. Esta ausencia deriva en unos casos de la muerte (sin duda, la guerra fue un factor fuertemente destabilizador de las estructuras familiares de la época); en otros casos, es el abandono del padre de la casa familiar; pero, lo que es más importante, más que una ausencia física, se percibe una ausencia moral, que se expresa en la imagen borrosa y falta de relieve con que trata el autor las figuras masculinas en general. En contraposición, es visible la gravitación que da Dávalos a la figura femenina, en todos los niveles sociales, aún la de aquellas colocadas en la frontera de la miseria. De este modo, su sociedad está poblada por mujeres dotadas de una gran fortaleza de carácter o en su defecto, de una obvia superioridad moral y por hombres opacos

⁶ Norma Fuller distingue tres espacios o configuraciones en que se expresan las representaciones de género: el ámbito de lo natural (la genitalidad, lo sexual); el espacio doméstico (la familia, el matrimonio, la paternidad); y el espacio exterior o público (la calle, el trabajo, el ámbito político) (Fuller, 1998, p. 61).

que, en la mayoría de los casos, no alcanzan la estatura moral de sus mujeres⁷. Esta situación, en todo caso, no les asegura a las mujeres la completa felicidad ni el control de sus propias vidas, dada su carencia de autonomía y limitada capacidad de elegir su destino. No es otro, en muchos sentidos, el destino de los hombres.

Uno de estos espacios domésticos ejemplares es el de doña Rosa de Azuaga y don Juan de la Cruz, tíos del joven cauchero Urzúa, el único hogar totalmente conformado en la novela. Doña Rosa, es una dama perteneciente a una antigua familia aristocrática limeña y está casada en segundas nupcias con don Juan de la Cruz, un hombre de fortuna, tres veces ministro en los gobiernos de la época y, en el tiempo del relato, Senador de la República. Este hogar deviene, por ausencia, en la familia tipo, la norma de las estructuras familiares de la época y del grupo social.

El hogar de doña Rosa está muy alejado de la tradicional imagen de la familia patriarcal. Doña Rosa es el centro indiscutible de la sociedad doméstica, una verdadera matriarca que impone sobre el resto de la familia un régimen tan fuertemente afectivo como profundamente autoritario. Todas sus expectativas están centradas en preservar la unidad de la familia y asegurar su estabilidad económica y social, lo que pasa por situar ventajosamente a todos y cada uno de sus miembros. Para lograr sus objetivos, doña Rosa hará uso de todos los instrumentos a su alcance, que van desde la apelación a su autoridad conyugal y de madre, como por formas más indirectas pero también más efectivas, la manipulación emocional, que toma la forma común de la victimización.

Frente al poderoso influjo de la figura femenina materna, el papel subordinado y débil del marido queda expresada de muchas maneras en la obra, desde la descripción que el autor hace del buen don Juan, un hombre generoso, buen proveedor de su familia, pero: «[...] una nulidad completa como político y jurisconsulto; pero su fortuna, su hermosa presencia, sus seis pies de alto, su facilidad para expresarse y la ventaja de tener por esposa a una mujer de talento, le habían sacado siempre adelante en la vida pública» (Dávalos y Lissón, 1906, p. 21).

La vida pública, el espacio político, juega un papel importante en la vida de las familias de la elite limeña, de ella proceden señales de logro o anuncios de fracaso, por lo que es un asunto que deja de ser individual y debe ser manejado como un problema de familia. De ese modo, la participación de don Juan en esa esfera es fuertemente mediada por la intervención decisiva de su mujer. Resulta interesante percibir también cómo el fracaso de la Guerra del 79 pasa a ser en esta época un factor de debilitamiento moral de la masculinidad y un buen instrumento de sanción en las manos de las mujeres:

⁷ Resulta por demás sugestiva la recurrencia de esta figura de la mujer superior (tanto en lo físico como en lo intelectual) no solo en la literatura peruana del siglo XIX sino entre los viajeros.

—¿Y es posible Juan de la Cruz— le preguntó ella con sorpresa y con rabia— que habiendo sido proclamada la revolución pienses entrar al ministerio? ¡Dios mío! ¡Qué hombres tan sin seso! Por eso está el Perú como está, y por eso se perdió la guerra con Chile. Estas viendo al gobierno con un pié en el sepulcro y ¿vas a ser ministro? ¡Retírate de una vez de la política, que no eres para el caso! [...] Te prohíbo que vuelvas a Palacio» (p. 113).

La debilidad de carácter del esposo queda reafirmada hasta el ridículo cuando el buen don Juan de la Cruz, debe enfrentar la posible persecución iniciada por el movimiento rebelde en su lucha contra el gobierno y huye por los techos de su casa para ponerse bajo la protección de una embajada extranjera, mientras ella, en forma decidida, se atrinchera, solitaria, dispuesta a proteger su hogar y sobre todo mantener la dignidad de la familia, al mismo tiempo que organiza su red de notables para evitar cualquier contingencia indeseable.

III. Marta, Orbea, Urzúa: sentimientos e impulsos

Este esquema dicotómico entre la fortaleza moral de mujeres como doña Rosa y la actitud pasiva, medrosa o débil de hombres como don Juan de la Cruz, se reproduce de otras formas a lo largo de la novela. Y se amplía al ámbito de los afectos y los impulsos y la distinta capacidad de hombres y mujeres para expresarlos.

Tal es el caso la bella y temperamental Marta Avellaneda, hija mayor de doña Rosa Azuaga, quien, enamorada del aristocrático aunque económica y emocionalmente inestable Carlos de Orbea y Barbarena, «niño mimado de los salones de Lima y del numeroso círculo de sus amigos, entre los que brillaba por su elegancia, su distinguido porte, su buen nombre, su amable carácter y su fecunda imaginación» lucha por lograr su amor a pesar de la oposición de doña Rosa. El joven Orbea, incapaz de sostener la incómoda situación, opta por partir a España donde, bajo la protección de un tío, se dedica al «amor mundano». Marta, traspasando los límites del decoro femenino, le escribe una carta que, finalmente, junto con la presión materna, disuaden a Orbea a regresar a Lima:

¡Qué diferencia entre tu amor y el mío! Te fue suficiente una contrariedad, una falta de inteligencia con mi madre para que abandonarás tu familia, tus amigos, tu Marta. A mí: ni tu brusca despedida, ni tu ausencia han bastado para dejarte de amar un solo día, para perder la fe muy profunda que tengo en Dios de que seamos algún día felices [...] (p. 40).

Una vez de retorno en Lima, Orbea fracasa en su intento de establecerse exitosamente. El autor atribuye parte de este fracaso a su débil carácter moral, muy proclive a frecuentar en compañía de sus «tunantones» amigos «los teatros, las carreras, la plaza de toros, y una que otra vez la sociedad de medio pelo, con motivo

de bautizos de niños, en los cuales él o alguno de sus amigos era el padrino[...]» (p. 45). Esta caída lleva otra vez a Marta a traspasar la barrera de las convenciones para buscar, también infructuosamente, salvar las urgencias económicas de su novio, sin contar con el conocimiento de su madre. Finalmente, en un último intento por recomponer su vida y la fortuna familiar Orbea se marcha a Iquitos, al caucho, donde encontrará una muerte trágica y de ese modo, se pone fin a una existencia de pequeños fracasos. La imposibilidad de realizar su amor por la muerte del joven Orbea, creará una distancia insalvable entre Marta y su madre que culminará cuando, en un rpto de ira, abandone a su familia para ingresar a un convento.

La misma Marta, convertida ya en monja, es colocada por el autor en el centro de otra relación que nos da pistas sobre las distintas formas en que se expresan las naturalezas femenina y masculina frente a la afectividad y las pulsiones, por lo menos en la percepción del autor de la novela.

Una visita al convento del joven Urzúa, el personaje central de la novela y primo de Marta, reavivará entre ambos parientes una atracción nacida en los juegos de la infancia. Dada la situación, Marta deviene en el amor ideal, puro e imposible que permite al personaje principal y amante frustrado, permanecer siendo un espectador pasivo, no comprometido en términos literarios con la sociedad que retrata, hecho que, asimismo, lo exime de mostrar interés afectivo por otras mujeres, pero, por otro lado esta actitud no hace más que subrayar la fundamental apatía e inmadurez afectiva que muestran casi todos los personajes masculinos retratados por Dávalos y Lissón, los que denotan una personalidad afectiva fuertemente coaccionada y la imposibilidad de abordar la sensualidad en clave masculina, la que desplazan hacia las mujeres, más libres de expresarla.

Así, mientras que la emergencia del sentimiento amoroso llevará al joven Urzúa a mansas disquisiciones sobre la impropiedad de la posición, en Marta se traduce en una revolución sensual que debe dirimir con una vida de penitencias y de aislamiento, en busca de expulsar a los demonios interiores.

Esta afectividad masculina neutralizada está presente también en Flamarión, novio de la bella y sufrida Manuela Cegama, quien intenta evadirse, a su manera, del compromiso afectivo con su novia al mantener simultáneamente un romance carnal con otra mujer. Finalmente, el amor y la fuerza moral de Manuela lo conducen a enmendar su actitud y realizar el matrimonio. Otro ejemplo es el del marido de doña Caridad Quinteros, el cual, ante el descrédito público de su esposa, involucrada en un complot que culmina en el asesinato de Manuel Pardo y Lavalle, ex presidente de la República, la abandona y deja el país para formar una nueva familia. Esta situación la orilla, junto con sus hijos, a la miseria, con consecuencias finalmente trágicas.

En general, frente a la fuerte afectividad de las mujeres, aún de las más recatadas, los afectos masculinos son expresados en formas convencionales, mansas, decorosas,

casi infantiles. Resulta notable la incapacidad del autor para expresar a través de la figura de Urzúa un yo íntimo, subjetivo, los sentimientos amorosos y las pulsiones, que en los personajes masculinos son fuertemente reprimidos. Sin duda, el modelo afectivo masculino expresado por Dávalos parece dimanar del amor caballeresco y cortés, el del hombre guiado por la generosidad hacia el género humano y el impulso protector hacia las mujeres y los desvalidos, un impulso heroico que se va a expresar mejor en el salvataje finalmente infructuoso del oficial José Cegama por el joven Urzúa en medio de una rebelión cuartelaria. En este punto, el discurso literario deja de ser realista para convertirse en romántico.

IV. La domesticación de los impulsos: la vía del matrimonio

Hombres opacos y mujeres fuertes. Todo forma parte de un proceso de domesticación de impulsos el que el autor nos permite entrever mejor para el caso femenino. Menos explícito, más recatado es para auscultar el proceso de domesticación del impulso masculino, aún cuando ambos, hombres y mujeres son afectados.

La percepción de la brillantez de la naturaleza femenina en el campo de lo doméstico y de los afectos sensibles es, sin duda, la otra cara de la debilidad de las mujeres de la elite frente al espacio público. Situación de la cual ellas son perfectamente conscientes. Los límites de la seguridad económica, el confort, la respetabilidad, en fin, el alcanzar una cuota mayor o menor de poder en las mujeres son los que le ofrece la necesaria dependencia de un varón dentro del único régimen que para la gente de la elite es posible en la época: el matrimonio. Cualquier otra posibilidad significa la marcha hacia una existencia material y emocional precaria.

Un caso es el representado por la soltería de la vivaz tía Peta, mujer de 58 años, «alta, flaca, de ojos negros y que llevaba como señal particular en el rostro un bozo algo pronunciado que cubría el labio superior». Ella se refugia por igual en el mundo de la Iglesia (la beata), en las redes familiares que frecuenta y se ha construido y el de la calle y el chisme. Aun cuando su existencia pueda contener ciertos elementos de libertad e innovación (su labor como productora de un ungüento contra las pecas para salvar su débil presupuesto o su participación voluntaria como informante de los rebeldes contra el gobierno), su soledad la colocan siempre peligrosamente en los márgenes de la respetabilidad social. La insinuación de posibles rasgos de masculinidad en su naturaleza nos dice mucho de la percepción que la situación de soltería tenía la sociedad. Otro caso es el convento, al que su fracaso amoroso conduce a la bella Marta, que, para una sociedad cada vez mas secularizada, constituía un verdadero suicidio moral.

Esta realidad la expresa con entera franqueza maternal doña Rosa a la bella Beatriz de Mompo, renuente al matrimonio con un hombre que no llena sus sentimientos: «[...] casándote con un hombre rico no te faltará coche, un palco

en la ópera, rancho en Chorrillos, en fin, numerosos lugares a donde concurrirán tus hermanas y se abrirán paso en la vida, de la misma manera que tú lo has hecho» (p. 258).

La imposibilidad para las mujeres de los grupos superiores («decentes») de adquirir poder por sí mismas, orienta sus vidas hacia el matrimonio, para el cual se inicia un largo proceso de domesticación de los impulsos femeninos, los de su voluntad y sexualidad, que las coloque en una situación adecuada dentro del mercado del matrimonio, que en la época de la posguerra distaba de ser un espacio florido.

Este proceso de domesticación se iniciaba desde la primera infancia en la cual las mujeres eran educadas. Así el joven Urzúa recuerda a sus primas Lía y Raquel, a las cuales: «[...] había dejado entretenidas con muñecas y haciendo casitas, comiditas de juguete y ahora [...] (Pía) estaba a punto de hacer todo esto de verdad» (p. 20). Continuaba en la adolescencia tardía con la aparición de espacios de sociabilidad para jóvenes y muchachas casadereras (os) que están fina pero firmemente controlados desde el ámbito doméstico y en parte, era una prolongación de la sociabilidad del ámbito familiar primordial, las de las tertulias familiares, espacios intergeneracionales de una casa que todavía no está cerrada totalmente y acepta en su comensalidad o cotidianeidad algún sacerdote, un par de respetables amigos de la casa, a la tía Peta. Un espacio abierto pero controlado. Las tertulias de los jóvenes funcionan periódicamente como salones, «donde los domingos Marta recibía a su círculo de amigos», espacios en los que se propiciaba el encuentro entre los sexos y la formación de vínculos que culminaban en noviazgos y matrimonios. Otros círculos fuera de la casa para la sociabilidad juvenil de la elite eran la ópera y los baños de Chorrillos. Para los hombres, los espacios podían ser más amplios pero también más discutidos pues cortaban las líneas raciales y de clase: los gallos, las fiestas de bautizo de las «familias de medio pelo».

Corresponde a las madres el papel central en el encauzamiento y control, podríamos decir «civilización» en términos de Norbert Elías, de la voluntariedad juvenil, los sentimientos y las pulsiones, en busca de los comportamientos adecuados a los objetivos y las condiciones en que sus hijas se insertaban en este mercado matrimonial, en un intento por reproducir un proceso ya aprendido... Existe todo un proceso de auto coacción que enseña a las mujeres los márgenes de independencia que una sociedad tradicional les ofrece. Ese margen no es otro que el de la respetabilidad y la decencia, marco del que no se puede escapar impunemente.

Dentro de la sociedad de las mujeres «decentes» pues, no hay mucho espacio para una totalmente libre elección, constreñidas entre la autoridad y la búsqueda de respetabilidad y estabilidad económica. Es especialmente estrecho para las mujeres de la clase media, que deben en muchos casos resignarse a un matrimonio conveniente y a una mediocre felicidad. Tal es el caso de Beatriz de Monpox,

una de las mujeres más bellas de Lima y miembro de una importante familia venida a menos igualmente disfuncional. Su precaria situación económica y emocional le llevará, tras la muerte trágica de su novio el oficial José Cegama, a casarse sin amor con un hombre mucho mayor al que no ama. Por su parte la afectiva Manuela Cegama, quien ama a Pablo Florimbó, se casará con él tras soportar estoicamente sus infidelidades.

Las concesiones que las mujeres debían hacer para amoldar sus conductas y sus conciencias a lo que convenía a su situación no dejaban de ser muy dolorosas. Este es el caso de la bella Cegama, engañada por Florimbó y a quien su hermano sugiere un silencio digno en pos de su propia conveniencia emocional y social:

Es preferible, le decía, que Florimbó viva en la idea de que lo ignoramos todo o por lo menos en la duda de ello [...] y en este caso, al oír tus quejas, se vería obligado a engañarte o a romper contigo. Lo que no se puede remediar hay que soportarlo. No acostumbres a la mentira al hombre que puede ser tu esposo. Tampoco le trates con demasiada dureza; que no comprenda antes de casarse, que tendrá por mujer a una persona celosa e intransigente (p. 123).

La frustración femenina queda patentizada en su alegato: «Si yo no fuera tan pobre [...] con qué placer lo dejaba hoy mismo! ¡No me queda otro recurso que casarme con él, pero por entonces, o me ama o le mato! (p. 123).

En la labor «civilizadora» sobre la familia la Iglesia todavía está presente. La vemos en la comensalidad de los espacios domésticos en la forma del amigo cercano y asesor espiritual, pero no es una fuerza omnipotente —el control de la familia sobre sus propios miembros es cada vez mas autónomo— aunque mantiene una influencia mayor y «conversada» dentro del ámbito femenino, no así entre los hombres, que no estarán presentes con la constancia esperada en los espacios del culto, situación que irrita al canónigo: «No sabe el sexo fuerte [...] el mal que nos hace con no asistir al templo» (p. 74). En la novela se ofrece la visión de una Iglesia debilitada debido a una dramática disminución de vocaciones sacerdotales dentro de los grupos sociales superiores lo que la obliga a buscar nuevos adherentes entre jóvenes de nivel social precario, procedentes sobre todo de la sierra, lo que disminuye su influencia social y política. La orden Jesuita parece haber ganado el espacio de las familias respetables. En un mundo de cambios en los comportamientos deberán apelar a la flexibilidad y cierta liberalidad en el enjuiciamiento de las expresiones sentimentales femeninas, buscando un equilibrio entre sentimiento y autoridad. En un mundo en rápido proceso de secularización, debe también modernizarse, pero en ella todavía hay espacios para el milagro.

En donde la Iglesia juega un papel gravitante es en el ámbito de las pulsiones y el sexo, pues es la modeladora de una sexualidad culposa y atemorizada por parte de las mujeres y sin duda también de los hombres, y por tanto se convierte en un espacio de descarga emocional de esas pulsiones a través de la confesión y la asesoría

espiritual. Aunque el erotismo es un tema casi soslayado por Dávalos, cuando aparece lo hace dividido genéricamente. El erotismo masculino solo es aludido en forma eufemística por el narrador, «el amor mundano», «las diversiones en casa de familias de medio pelo». Son las mujeres, las que en la novela pueden conversar de él, pero convertido en un impulso peligroso para la convivencia en sociedad y que debe ser domesticado. Un discurso culposo que ha sido internalizado por las mujeres convertido en temor e indefensión frente al contacto con el otro género:

Estamos aisladas e indefensas —le decía a su amiga— los hombres nos buscan únicamente para tentarnos, y cuantas veces nosotras mismas damos lugar a ello con nuestras fogosidades. ¿Acaso podemos contar a nuestros padres o a nuestros hermanos los desórdenes de nuestro ser cuando el diablo anda suelto? Hay algo que pone una barrera entre ellos y nosotros, que se llama respeto; y aunque esto no existiera, ¿qué harían a favor de nuestras flaquezas? [...] la Iglesia es la única, Beatriz, que te enseña la verdad de la vida (p. 121).

Los temores frente a un erotismo que atemoriza se patologizan también en el espacio femenino, pero no se expresan en el espacio de la elite, sino en el de los subalternos. Es el caso de una mujer negra, sirvienta de una familia notable de Lima, que va a ser convertida por la voz popular, animada por la grito de beatas como la tía Peta, en una santona, redentora por autoproclamación de prostitutas y gentes de mal vivir, la que, para ratificar sus hazañas hará desfilar en confesión ante el crédulo sacerdote una serie de estas mujeres de mal vivir que le contarán sus licenciosas vidas hasta que finalmente el embuste es descubierto y la desconcertada morena, de múltiples personalidades es expulsada del templo.

V. Domesticación de los impulsos masculinos

Ciertamente, la educación de los impulsos no se limitó a las mujeres, pero poco de la educación masculina de la elite y la clase media puede rastrearse en la novela de Dávalos y Lissón. Aunque el silencio puede ser muy elocuente.

Múltiples coacciones encerrarán la personalidad afectiva y las pulsiones masculinas. La de la domesticidad los obligará a casarse dentro del círculo restrictivo de su status, aun cuando sus preferencias lo arrastren a traspasar esos límites hacia abajo. Tan apremiante como ello será la necesidad de conseguir algún éxito en el ámbito público, lo que puede significar para el hombre de la clase media tener un trabajo seguro para poder proveer a su familia y al de la elite llegar a cubrir las necesidades familiares de representación social. El modelo bajo el cual se educan es el del ideal caballeresco y cortés, el hombre «contenido» dentro del marco de la sociedad del status. Su afectividad es también contenida, no se muestran ampliamente y sus pulsiones se trasladan a otros espacios y no serán conversadas. La vida de muchos de los hombres de la novela estará signada por el fracaso o lo inacabado.

El autor ve cómo los límites que se imponen a las mujeres de las clases alta y media limeña, su dependencia del hombre y del matrimonio es la que va a determinar los límites para la capacidad de los hombres para ser ellos mismos y seguir sus propios impulsos:

Pobre Pepe! exclamaba, ¿a dónde no hubiera llegado ya, dotado de un espíritu audaz y perseverante, si teniendo a sus padres vivos y ricos no estuviera obligado a sostener su casa y sus hermanos; y lo que es peor, a no ausentarse de su patria y buscar riquezas fuera de ella por la falta que nos haría a mí y a los muchachos! (p. 91).

Este asfixiante poder ultracivilizador del hogar es recusado por Dávalos a través de la figura de Abel, hijo de doña Rosa, ante quien todo la autoridad y capacidad de coacción de la matrona fracasan. Abel, ante un fracaso afectivo, parte hacia la sierra, donde se ocupará de la minería. Allí tramará una relación con una joven de menor valer social, la «belleza de la fábrica de jabón y velas de la calle de limoncillo» (p. 109) fruto del matrimonio de una «chola» de Chupaca, lugar donde habitaba la amada, y un productor de velas de Lima. Finalmente, consciente de la imposibilidad de recibir la anuencia de su madre, Abel decide contraer matrimonio sin dar aviso a sus padres, lo que creará un nuevo y grave conflicto familiar. La posibilidad de la transgresión de su destino social, casándose con la bella mestiza pueblerina existe y es una propuesta claramente apoyada por el autor.

Otra alternativa para una liberación de la masculinidad agobiada por las convenciones sociales la ofrece la figura del italiano Cusini, un inmigrante que establece una tienda de abarrotes en el barrio de Las Carrozas. Esta figura nos permite ir con el autor más allá de los espacios de la clase acomodada, hacia otras constelaciones. Allí, en las Carrozas, al interior de las viejas casonas coloniales se adocenaban familias de clase media, «gente pobre: familias blancas en plena miseria, amontonándose en tres o cuatro habitaciones» gente «decente», pero venida a menos. Normalmente se trata de familias dirigidas por la madre, viudas de oficiales muertos en la guerra o de empleados públicos cuyas pensiones se han reducido o no son pagados por un estado quebrado. Asediadas por la miseria pero decididas a preservar los restos de respetabilidad que todavía les queda, a través de trabajos honrados como la costura y el bordado, o como dependientas del comercio, actividades que las libraba de otro posible camino, la prostitución. «En aquella gente todo se había perdido menos la vergüenza» (p. 203).

Asediadas por la pobreza, deben también tratar alejar a su familia del contacto y los efectos corruptores de los sectores populares: negros, hombres de oficios bajos y aun delincuentes. Mujeres fuertes y orgullosas que mantienen con firmeza los valores en los que fueron criadas y esperan para sus hijas ese matrimonio conveniente, evitando un matrimonio con cualquiera que no posea su nivel social y cultura. Es el mundo de doña Úrsula Zúñiga y la hermosa Florita, de quien el italiano Cusini,

convertido en hombre próspero y «de industria» se enamora. El rechazo de la orgullosa Flora abrirá el camino de Belén, una bella mulata, hija de una lavandera negra y un hombre blanco, quien «Era seria y orgullosa» y «Vivía en la convicción de que no había nacido para casarse con negro, ni aún con blanco pobre» (p. 243). Su condición racial y su posición social le permiten a Belén las libertades que no tiene Florita. De ese modo, tras un juego erótico bien administrado logra casarse con el rico bodeguero italiano, estableciendo un nuevo matrimonio interracial en las esferas de los nuevos hombres de la industria.

Así, mientras la «decencia», el status, pone cortos límites a las posibilidades y las expresiones de sexualidad de las mujeres de la elite y la clase media el autor adscribe a las mujeres de los sectores populares y a las razas de color un comportamiento sexual más libre y audaz, pero también el matrimonio es para estas mujeres un canal posible de movilidad social y económica.

VI. A modo de conclusión: de la imposibilidad a la potencia, el hombre público

Si para las brillantes mujeres de la elite y de la clase media parece haber pocos caminos para eludir su destino doméstico y su subordinación al status, y los opacos hombres de esas clases buscan en la transgresión de esos valores un camino para su liberación afectiva y la de sus impulsos. Dávalos abre la puerta, vuelca parte de ese potencial a la esfera de lo público y ofrece a través del joven Urzúa un nuevo paradigma del hombre público en una etapa de reconstrucción nacional. En suma, ofrece una nueva forma de ocupar el espacio público que sigue siendo, sin duda, un espacio masculino.

Pone en discusión el predominio de los estereotipos tradicionales, representados por la casta militar y aunque rescata los valores del cumplimiento del deber y la heroicidad representados por el oficial José Cegama y el coronel Martínez, hombres valientes y con sentido del honor, los reemplaza por los valores de una masculinidad pública civil. Estos valores no son ya los de la fuerza o el honor militar, sino los del hombre de acción y de empresa, dotado de una ética del trabajo, honesto, y cuyo éxito debe ser medido no en términos del status heredado sino de sus realizaciones materiales y sus virtudes cívicas.

Urzúa es Dávalos, la expresión de una generación de hombres nuevos, nacidos del desastre de la guerra, sin los vicios del pasado, idealistas a su manera, audaces y emprendedores, que rompen las viejas convenciones, abandonan Lima en busca de una nueva frontera por civilizar y convertir en riqueza para el Perú. Es una nueva generación, son los nuevos hombres de una nueva clase que se atreve a buscar nuevos caminos. Es la vieja elite limeña empobrecida que debe empezar a andar de nuevo el camino y embarcarse en nuevos proyectos. Estos hombres nuevos,

emprendedores, experimentados en la dura lucha en el interior del país, ricos, enjuician los viejos usos y pretenden hablar con otro lenguaje al poder, aún cuando caerán más de una vez en sus artimañas. Así, Dávalos describe la conversación de Manuel Palomares, delegado de Loreto, con el gabinete ministerial:

Los ministros escuchaban con cierto malestar el lenguaje libre y franco del montañés. Acostumbrados a ver delante de S.E. a hombres hambrientos pidiendo un puesto público, a políticos de mala ley intrigando para derribar un ministerio, o para obtener un monopolio o un negociado con el Estado [...]».

Bibliografía

- Castro Arenas, Mario (1965). *La novela peruana y la evolución social*. Lima: Ediciones Cultura y Libertad.
- Dávalos y Lissón, Pedro (1906). *La Ciudad de los Reyes: época histórica de 1884 a 1895* (Novela). 2a ed. esmeradamente corregida. La Habana: Impr. Avisador Comercial.
- Fuller, Norma (1998). La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú. En Teresa Valdés y José Olavaria (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO-UNFPA.
- Gay, Peter (1986). *La educación de los sentidos La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. México: Fondo de Cultura Económica, tomo I.
- Milla Batres, Carlos (ed.) (1986). *Diccionario histórico biográfico del Perú. Siglos XV-XX*. Tomo III. Lima: Milla Batres.
- Subercaseaux, Bernardo (1988). *Fin de siglo. La época de Balmaceda en Chile. Modernización y cultura en Chile*. Santiago de Chile: Aconcagua.
- Tamayo Vargas, Augusto (1992). *Literatura peruana*. Lima: PEISA, tomo II.